

Pero, ¿esto no iba de sexo?



ALBERT CAMPILLO

La educación sexual debe llegar a la escuela desde una perspectiva de género que desnaturalice las diferencias y añada al espejismo de la igualdad el de la diversidad. La autora advierte de las consecuencias de una educación sexual incorrecta, por ejemplo cuando ésta se limita a la mera instrucción biologicista. Es preciso, por el contrario, propiciar la búsqueda y aceptación sexual y afectiva, diversa en orientaciones, identidades y deseos.

ROSA SANCHIS CAUDET

Profesora de ESO y Bachillerato en el IES Isabel de Villena de València.

Correo-e: sancau@gmail.com

Hace poco, un alumno de primero de ESO comentó en clase el asco que le daba ver a dos hombres o a dos mujeres besándose, y le expliqué que su comentario era irrespetuoso y discriminatorio. Debí extrañarse porque me preguntó si yo era homosexual, a lo que le respondí que sí. Me

miró perplejo, buscó la complicidad de un compañero y se volvió diciendo que no podía ser, que mentía. Le pregunté, entonces, qué le parecería si yo hablara de él, un chico de color, en los mismos términos en los que él lo hacía de las personas homosexuales: “¡Me dan asco los negros!”. Se excusó respondiendo que no lo diría directamente y, buscando un nuevo apoyo en el aula, se dirigió a una compañera y la previno para que no se me acercara. ¿También las chicas han de temer a sus profesores heterosexuales? pregunté, ¿o los chicos a sus profesoras? Pero sonó el timbre y, aunque no pudimos continuar, la discusión se vino a casa conmigo, intentando buscar soluciones a la necesidad de algunos chicos de presumir de heterosexualidad –y también de homofobia– ante sus iguales, y al empecinamiento en representar cada día la misma obra de teatro, siguiendo un guión que lleva siglos escrito y que se resiste a evolucionar.

¡No puede ser! La profe es...

Me acordé entonces de Miquel y de Marina, un activista transexual y una activista lesbiana a quienes invité a mi anterior instituto el curso 2008-09, y pensé que una visita al de ahora sería muy oportuna. Aquella charla revolucionó a todo el centro, incluso a mi alumnado, que había trabajado el tema. La elección de tres chicas de segundo de ESO y de un alumno de cuarto para la presentación de Miquel y de Marina no fue banal: ellas eran las novias de unos chicos bastante machistas que ya conocía porque habían sido alumnos míos; en cuanto a él, lo convencí porque era amigo de los machistas y porque su zona flexible (Martínez, 2007), aquella que se aleja del núcleo duro de la masculinidad hegemónica y permite salir de la rigidez del estereotipo, era lo suficientemente grande y permeable para que se colara un poco de aire fresco con el que empezar a cambiar el guión que compartía con los de su grupo. Tal como había previsto, los novios y amigos asistieron a la charla. A Marina la ignoraron, pero cuando entró Miquel en la sala, uno de los machitos lo miró retador, de hombre a hombre, a ver quién aguanta más, a ver quién la tiene más grande.

Miquel y Marina hablaron de lesbianismo y de transexualidad, pero sobre todo hablaron de masculinidades y de feminidades, es decir, de los guiones que debemos aprender de memoria para representar a hombres y a mujeres “de verdad”. En clase ya lo habíamos discutido. “¿Por qué te sientes chica?” preguntaba yo. “Porque me gusta pintarme, ponerme tacones...” me contestaban. “Entonces, no soy una chica, porque no me gusta hacerlo”, respondía yo. Y mi alumnado se me quedaba mirando, tal vez pensando en lo rara que era aquella “mujer” que les enseñaba a argumentar con textos de sexualidad y a preparar proyectos sobre transexualidad y homosexualidad. Y su profesora pensaba en el día en que una de aquellas alumnas, de trece años, le contó que su novio no se quería poner el condón porque perdía la erección, y que lo hacían sin, y que ella fingía los orgasmos para que él no lo pasara mal, pobrecito.

Vías para la educación sexual

Las visitas de personas especialistas, como Miquel y Marina, son una de las vías de educación sexual en la escuela. Las inter-

venciones externas pueden ser un excelente complemento, pero también pueden quedar en meros parches, sin continuidad, que tranquilizan conciencias, para que nada cambie. Se puede trabajar también en la tutoría, en una asignatura optativa, en Atención educativa o de manera transversal a través de la propia materia. Todas las opciones son posibles y complementarias, aunque también tienen sus riesgos: el cansancio derivado del voluntarismo, si no hay una clara implicación del centro o de la Administración; la consideración de las optativas como materias menores que, además, solo llegan a un número limitado del alumnado; la dificultad de transversalizar, etc.

A menudo, las charlas de educación sexual dadas por personal sanitario o por profesorado voluntario conforman uno de esos parches que comentábamos. Por lo general, se trata de información sobre enfermedades, aparatos reproductores y medios anticonceptivos, con el objetivo primordial de evitar los riesgos que se consideran inherentes a la sexualidad, en especial a las prácticas coitales. Este modelo de educación, llamado biologicista, se empieza a impartir en la adolescencia y es considerado objetivo e imparcial. Sin embargo, hace mucho que no creemos en la neutralidad de los discursos y ni siquiera deseamos afirmar que el nuestro lo sea. Tampoco es nuestra intención cuestionar solamente la educación que se da, pues en general se hace con la mejor intención, sino más bien poner en evidencia lo que no se enseña.

En primer lugar, falta una perspectiva de género que ponga sobre la mesa las desigualdades y desnaturalice las diferencias: “*Ellas o ellos son así por naturaleza y no se puede hacer nada*”. Un chico escribía en el Tuenti: “*tío son mujeres hay q entenderlo... si eyas no tontean no son eyas*”. El comentario venía a propósito de un evento que había publicado un chico al descubrir a su novia chateando con un ex. En la página principal del novio “agraviado” se leía: “*asi son las putas de hoy en día se supone k estamos juntos*”. Una amiga del novio comentaba: “*kien es mas puta ke las gallinas? dios te mereces algo mejor cariñet :D*”. Aunque después de leer lo anterior cueste creerlo, la realidad es que hay una enorme diversidad de chicas, de chicos y de personas en general; pero para los modelos hegemónicos ellos han de ser así: “hombres de verdad” frente a los *maricas*, los *cobardes* y los *calzonazos*. Y ellas: “buenas chicas” (solo sexuales con sus novios, aunque sin pasarse de listas) frente a las *putas*, las *estrechas*, las *calientabraguetas* y las *marimachos*.

En segundo lugar, falta desvelar los espejismos. Al espejismo de la igualdad, según el cual la igualdad está conseguida y no hay nada por lo que luchar, debemos añadir el espejismo de la diversidad: somos libres y cada persona puede elegir sus opciones sexuales. Nada más lejos de la realidad: ni somos libres, ni con el modelo actual de educación sexual, que obvia las recomendaciones legales vigentes, conseguiremos serlo. En la LOE y en la Ley de salud sexual y reproductiva aparecen hermosas palabras: diversidad afectivo-sexual, superación del sexismo, igualdad y corresponsabilidad, afectividad, sexualidad armónica... ¿Las enseña la escuela? La respuesta es clara: no. Pero las causas son diversas. Existen todavía tabúes y miedos: a las familias, a fomentar la promiscuidad, a hacer el ridículo... y padecemos un par de tópicos que se resisten a desaparecer: que la sexualidad es privada y que se aprende sola: “*¡En eso se nace sabiendo!*”. Es habitual que el alumnado de la ESO no sepa ni qué es ni dónde está el clítoris; en cambio hablan con naturali-

dad del punto G y hay quien se extraña de que la sexualidad pueda estudiarse en la escuela “¡Al final pa meterla vamos a tener que estudiar y to!”

Consecuencias de la mala educación sexual

Efectivamente, para meterla hay que estudiar, y para saber que el sexo no es solo meterla o que se la metan a una o a uno, también. Por el contrario, la mala educación sexual o la mera instrucción biologicista, más que enseñar, refuerzan una sexualidad coital, heterosexual, adultista y sexista.

Cuando se habla de la primera relación sexual, todo el mundo piensa en el primer coito, confundiendo así las relaciones sexuales con las relaciones coitales o con penetración. ¿Por qué la primera vez es la primera vez coital y heterosexual? ¿Y la primera vez homosexual? En el caso de las relaciones entre chicos, ¿siempre tiene que haber penetración para que se hable de sexo? En las relaciones entre chicas, ¿se trata de un sexo menor o se cree que una le mete un “consolador” a la otra?

Hay muchas primeras veces, y muy variadas, pero todavía se sigue hablando de preliminares y de coito heterosexual, de sexualidad de tercera y de sexualidad de primera. La de tercera se considera incompleta, inmadura o cosa de criaturas. La de primera es la sexualidad adulta y madura –la más placentera, natural y completa–, presentada como un hermoso helado que los jóvenes y las jóvenes solo pueden ver desde el otro lado del mostrador, con la nariz pegada al cristal, a la espera de la persona adecuada o la edad adecuada, especialmente las chicas –olvidando que, para ellas, la penetración suele ser un preliminar más ya que la estimulación del clítoris es el camino más seguro para el orgasmo de la mayoría de las mujeres–.

La segunda de las consecuencias de la mala educación sexual es el heterosexismo que afecta no solamente discriminando a las personas homosexuales o bisexuales con el insulto o, más sutilmente, con la presunción de heterosexualidad sino también penalizando las prácticas que se asocian a la homosexualidad, por ejemplo la penetración anal, considerada negativa, degradante y señal inequívoca de la ho-



ALBERT CAMPILLO

mossexualidad del practicante, aunque sea su pareja femenina la que lo penetre.

En tercer lugar, la mala educación sexual no revierte el sexismo sino que lo perpetúa, proyectando una mirada diferente sobre el cuerpo masculino y femenino. El de las mujeres se define como problemático y la información que sobre él se da pertenece al campo de la reproducción y al de la higiene, casi nunca al del placer. Ellas sabrán desde muy pequeñas que tienen útero y ovarios, pero seguramente desconocerán que tienen un clítoris que solo sirve para dar placer; usarán jabones, desodorantes o compresas perfumadas para que sus vulvas no *huelan a pescado*, pero a pocas les habrán dicho que es muy saludable coger un espejo para mirarse entre las piernas.

El cuerpo de los chicos es en general percibido como menos complejo y la relación con sus genitales es animada y celebrada desde pequeños: se habla de poluciones y de masturbación con naturalidad e incluso se ve normal que se los *arreglen* en público. ¿Esta naturalidad los lleva a un mayor cuidado de su cuerpo? En absoluto. La masculinidad tradicional celebra la autosuficiencia y el control de uno mismo y condena el cuidado. Esta masculinidad asocia la enfermedad a falta de vigor y la consulta médica se considera un fracaso de la autosuficiencia. Las prácticas de riesgo, homosexuales o heterosexuales, son la expresión de un modelo que minimiza los riesgos y que deposita el cuidado en las mujeres, que asumen la sobrecarga de ocuparse de la salud de la familia, de la prevención y de la anticoncepción (Bonino, 2007).

Al sexismo que hemos comentado podemos añadir también una percepción de la sexualidad como necesidad, ya que, entendida de este modo, la excitación es una especie de impulso sexual incontrolable, un malestar o tensión abrasadora que hay que quitarse de encima cuanto antes. El placer es visto como una manera de descargar tensiones, de librarse de la excitación y del deseo (Calvo, 2008).

Por todo lo que hemos comentado, el acercamiento a las prácticas de riesgo con la mera recomendación del uso del preservativo o de las prácticas seguras sirve de poco si no va acompañada de un trabajo que cuestione la sexualidad como descarga, el coitocentrismo, el penetracionismo y la masculinidad y la feminidad tradicionales.

Educación sexual y diversidad

En la buena educación sexual, el objetivo es propiciar la búsqueda y la aceptación de la propia biografía sexual y amorosa, diversa en orientaciones (homosexualidad, bisexualidad...), en identidades (hombres, mujeres, intersexuales, transexuales, intergéneros...) y en deseos (López Sánchez, 2006). Los contenidos son variados: el placer, el autoconocimiento, la comunicación, los derechos personales y sexuales, los estereotipos de género...

Llevar a cabo este modelo educativo supone la implicación del profesorado y de todas las instancias posibles (familia, personal de salud, servicios sociales...), porque de lo contrario nuestros poros seguirán absorbiendo desigualdad en la calle, en los medios de comunicación, en las casas, en la escuela... Y seguirá triunfando la erotofobia hipócrita y sexista que trata poco o nada sobre el placer, especialmente el de las mujeres. Desgraciada-

mente, las resistencias son aún muy grandes, también en la juventud. Una visita a una charla del Colectivo Lambda puede terminar con preguntas como éstas: *"En las lesbianas, ¿quién pone qué dentro de quién? ¿Quién hace de hombre y quién de mujer? ¿El transexual tiene pene?"*

No pensemos que las cosas han cambiado tanto ni en quien instruye ni en las personas que reciben la instrucción. Los actuales cursos de educación sexual, que solo enseñan en materia de reproducción y de enfermedades, lo hacen de manera puntual; desvinculan la sexualidad de la afectividad, de la comunicación y del placer; no tienen en cuenta la consecución de los derechos sexuales para las personas (derecho al placer, derecho a la información veraz, derecho a la igualdad...) ni la diferente educación que se da a unos y a otras. A menudo se olvida que la sexualidad dura toda la vida y que va cambiando y tomando formas mucho más heterogéneas que las opciones culturalmente aceptadas.

El título de este artículo, "Pero ¿esto no iba de sexo?", es un comentario que alguien ha dejado en mi blog de educación sexual Karici.es (<http://karicies.blogspot.com>). También he formulado esa pregunta en mis clases de sexualidad porque esperan que se hable del *Kama Sutra* y en su lugar se encuentran con el cuestionamiento de su masculinidad o de su feminidad y de las bases tradicionales en las que éstas se sustentan; y les entra el miedo, como a mi alumno de color. Dos días después de aquella conversación en clase, me vio por el pasillo y, desde la otra punta, gritó: *"¿pero de verdad eres eso?"*. Y hasta dijo el "eso" bajito, como incómodo. Le hice un gesto afirmativo y me despedí. En las clases siguientes estuvo más atento que de costumbre y no ha vuelto a hacer ningún comentario homófobo. Ello me reafirma en la idea de que mostrar la diversidad es una manera de ir haciendo agujeritos en esas identidades que poco a poco pueden ir cambiando su guión. Y si no es así, al menos alguien de la clase habrá sentido más legitimada su diversidad.

para saber más

- ▶ **Bonino, Luis (2007):** "Salud, varones y masculinidad", en *Voces de hombres por la igualdad*: <http://vocesdehombres.wordpress.com/salud-varones-y-masculinidad/>
- ▶ **Calvo, Montse (2008):** *Sexualidad atlética o erotismo*. Barcelona: Icaria.
- ▶ **López Sánchez, Félix (2006):** *Homosexualidad y familia*. Barcelona: Graó.
- ▶ **Martínez Cáceres, Antonio (2007):** "La nueva masculinidad adolescente". En *Voces de hombres por la igualdad*: <http://vocesdehombres.wordpress.com/15-la-nueva-masculinidad-adolescente/>